

lagros; le has mandado que los hiciese, y ni á responderte ha acertado. Su ciencia consiste en la impostura y en la negra magia del infierno. Ahora todos lo sabeis: el hombre que se levanta contra la ley de Moisés, el hombre que quiere destruir el sacerdocio instituido por Aaron, no puede ser el enviado del Señor. El Arca de la Alianza, la terrible llama de Sinai, la voz de la temida trompeta, Moisés mismo, todo clama venganza contra él, y esa venganza no la oirá pedir Caifás en vano. Pero el sacrilegio no es el único crimen de Jesus: ha sublevado á la Judea; ha entrado como rey triunfante en Jerusalem; el pueblo ha sembrado de palmas su camino y le ha llamado Hijo de David, ungido del Señor; y las entrañas de Sion y los pórticos del Moría se han estremecido de horror. En nombre del gran David, á quien tantas blasfemias horripilan en su tumba; en nombre del gran Herodes tu padre, te conjuro á que no consientas que tantas profanaciones, que tantos crímenes queden impunes.»

Dijo; y olvidando Filon por un instante el odio que profesa á Caifás, se sonrió mirándole satisfecho y casi amistosamente. Calmada la agitacion de Herodes con el discurso del sumo sacerdote, volvió á tomar el tono de frialdad y burla, mas á propósito en su concepto que el de insulto y amenaza, para triunfar del obstinado silencio de Jesus.

«Vístanle la blanca toga, distintivo entre los Romanos de alta dignidad, y vuélvale á conducir á Pilatos, juez equitativo que, apreciando en lo que vale el mérito del Nazareno, añadirá sin duda la regia púrpura á los *Hosanna* y á las palmas que ya el pueblo le ha prodigado.»

Dijo y salió de la sala del trono. Sus guardias ejecutan las órdenes del príncipe. Sigue á Jesus una muchedumbre mas numerosa aun que la que al palacio de Herodes le acompañó, porque á aquella se han agregado todos los moradores de Judea que acaban de llegar á Jerusalem para celebrar la Pascua. Filon observa atentamente á la multitud pero sin desalentarse; y á la manera con que el piloto experimentado lejos de asustarse de las corrientes del mar, las mira como indicios de los escollos de que debe apartarse, espia y estudia cada movimiento, cada aclamacion del pueblo, y conoce que si hay muchos aun que aman y veneran al profeta, será facil corromperlos ó cuando menos intimidarlos. Para conseguirlo manda á sus celosos Fariseos que mezclándose con la multitud esparzan en ella pérfidas y diestras calumnias contra Jesus, y predigan innumerables desastres en el caso de que se librase del suplicio. Tal, cada gota que se derrama de un vaso envenenado, es causa de pronta muerte. El primer millar arrastra á otro millar, y pronto no queda en aquel inmenso pueblo mas que

un corto número de hombres que dudan de la realidad de los crímenes de Jesus y muchos menos aun que permanezcan inalterables y fieles al Mesías. ¡Así acontece cuando una mano pérfida prende fuego al ondeante bosque que con su verdura cubria la escarpada montaña : los árboles ya muertos enciéndense los primeros, devora la llama á todos aquellos cuya savia es poco abundante, se estiende, chispea y triunfa, y cuando se apaga, el verde manto de los montes se ha convertido en pardo tapiz de cenizas ! Honra y gloria á los aislados cedros que permanecen en pié y que elevan sus magestuosas frentes hasta las nubes que aun reflejan el resplandor del incendio.

A medida que se aproxima Jesus á Gábbatha la multitud va dando mas señales del odio que contra el Salvador le han inspirado. En el instante en que la plebe frenética penetra en el pórtico del palacio de los Romanos, Pilatos presenta ante ella á un criminal cuyas atrocidades han llenado de espanto á la Judea, y á quien ha hecho sacar del calabozo que le encerraba con objeto de poner al pueblo en la precision de elegir, entre el Mesías y él, uno á quien perdonar ; porque, segun una antigua costumbre, tenia el pueblo derecho de hacer gracia á un condenado á muerte en el dia de la Pascua. Esperaba el Pretor que por ese medio salvaria la vida de Jesus, sin enagenarse el ánimo de los sacer-

dotes ; y confiadamente aguardaba el éxito, en su concepto infalible, de aquella astucia.

Barrabás, que así se llamaba el sanguinario bandido, lanza en torno de sí oblicuas y siniestras miradas. Su pecho está oprimido y su cabeza se inclina hácia la tierra ; mas no es el arrepentimiento sino la rabia la que así le agita y oprime. Desahogando su impotente furor contra los hierros que oprimen sus robustos brazos los sacude con violencia, y al ver al Mesías sus facciones se contraen, sus labios se cubren de blanca espuma ; por que á pesar de su perversidad comprende que entre él y Jesus la eleccion del pueblo no admite duda.

Pilatos, colocando á Jesus á su derecha, á Barrabás á su izquierda, y señalando al primero con la mano, dirige al pueblo la palabra.

« He examinado á este hombre á quien acusais del crimen de rebelion contra el Cesar y no le encuentro culpable : tambien Herodes le halló inocente pues que no le ha condenado ¿ porqué he de pronunciar su sentencia de muerte ? Autoridad tenéis para perdonar á un culpable en ocasion de la Pascua : usad de vuestro derecho en favor del Nazareno... ; Murmurais ! ¿ Quereis absolutamente su sangre ? ; El furor os ciega ! Oidme : ¿ preferireis á Barrabás, á este malvado cuyo solo nombre hace estremecer al Profeta á quien ha poco llamasteis

ungido del Señor? A esos dos limito vuestra eleccion. Hablad ¿cual de ellos os parece digno de perdon?»

En aquel momento llegó la esclava de Porcia á cumplir con el encargo que su Señora le habia dado.

« La noble Porcia, Señor, me envia á tí. Marcha, me ha dicho, marcha á buscar á Pilatos y díle de mi parte que un sueño me ha revelado que Jesus es el mas grande, el mas virtuoso de los hombres, y que los Dioses quieren que se le absuelva.»

Aléjase la esclava, y el pueblo permanece sumido en silenciosa sorpresa.

El interés que una noble romana toma en la suerte de Jesus, y la relacion del sueño que á los ojos de aquella le ha presentado como un ser superior á la humana naturaleza, recuerdan á la mayor parte de aquellos hombres la memoria de las virtudes y de los beneficios del Profeta. Murmuran su nombre con el acento de la gratitud los enfermos y estropeados á quienes ha devuelto la salud, y de nuevo le apellidan amigo de la humanidad, consuelo de los desdichados: pero los gritos de la muchedumbre se sobreponen inmediatamente á sus tímidas voces, como el rugido espantoso de la tempestad sofoca la voz del tierno infante perdido en medio del bosque sombrío; como las dulces y modestas

virtudes del filósofo se pierden oscurecidas por los brillantes crímenes del conquistador.

Conoce Filon toda la estension del peligro, mas no por eso le abandona su audacia; y seguro del poder de su elocuencia, despues de arrojar una sombría mirada á la multitud, dice:

« Quisiera, hijos de Israel, que tuvieran alas mis palabras para que volasen de mi pensamiento al vuestro; porque los momentos son preciosos. Ya me conoceis: ¡al que insulta á Moisés, al que infringe su ley, á ese abórrezco, á ese maldigo! Animado por tales sentimientos voy á señalaros donde está la salud, donde la perdicion de Israel. Os muestran á Barrabás, os muestran á Jesus y os dicen: Elegid. Barrabás es un bandido feroz, todos lo sabemos; Pilatos tambien lo sabe; y si os lo presenta es para obligaros á que perdoneis al Nazareno, cuya magia, la mas peligrosa de todas, consiste únicamente en fingirse inocente y virtuoso con infernal perfeccion. Pero dejemos de ocuparnos en las intenciones de Pilatos: somos un pueblo vencido y callar debemos ante nuestros vencedores. Sin embargo, á pesar de nuestra dependencia lícito le será á Filon mostrar á su pueblo querido los peligros que amenazan la fe de sus abuelos. No os hablaré de los sacrilegios de que Jesus se ha hecho culpable; ante el Sanhedrin los he espuesto cuando la vida del blasfemo dependia del aliento de mi voz y mi

voz le precipitó en la nada! Vuestros sacerdotes y vuestros ancianos han pronunciado la sentencia de muerte del Nazareno y el Gólgota hubiera ya bebido su sangre si el pueblo de Israel conservara el derecho de castigar á los miserables que ofenden á su Dios. ¿Consentireis que el abatimiento en que hemos caído deje impune á Jesus, á ese terrible enemigo de nuestra gloria que sino le deteneis hará lo que Roma misma no ha osado hacer? Los Césares nos han dejado nuestros templos y nuestros altares: ¡el Nazareno quemará los templos y destruirá los altares!... »

Los rugidos de la plebe le prueban que su discurso ha producido el efecto que de él esperaba; y para acabar de llenar de terror á todos los espíritus, pinta con terribles colores á Jerusalem entregada al saqueo, al incendio, al asesinato, á la peste, al hambre, reducida á un monton de desiertas ruinas; luego, como si el cuadro que acaba de trazar le horrorizase, se detiene un instante, y continua diciendo con amarga ironía:

« El Nazareno conoce la desolacion de Jerusalem y vedle como se arrepiente. ¡Compadeceos de él porque él es todo misericordia! ¿Qué ha menester para quedar satisfecho? Nada, casi nada, os digo: que se hunda el templo en las entrañas del Moria, que la sangre y el polvo cubran los altares, que la ciudad santa se envuelva en un manto de cenizas,

que aquellos de los hijos de Israel que se salven de la peste, del hambre, de la desesperacion, sean presa de feroces guerreros que, para celebrar dignamente su victoria, estrellen las frentes de sus cautivos contra los restos de los arruinados palacios de la antigua Jerusalem; y, que esas tristes y postreras víctimas no dejen en pos de ellas, ni padres ni hijos para llorar su muerte y referir sus desdichas! ¡Cuando todo eso vea estará satisfecho! ¡Apresuraos pues á pronunciar su perdón! »

Furiosamente aplauden los sacerdotes y los fariseos esparcidos entre la multitud, y de todas partes suenan desentonadas voces pidiendo la muerte de Jesus.

Sumido en profunda meditacion desde que recibió el mensaje de Porcia, el Pretor que no ha oído el discurso de Filon, vuelve en sí á los clamores del pueblo, levanta la cabeza y por segunda vez pregunta:

« Hablad: ¿á cual de los dos juzgais digno de perdón? »

Y la muchedumbre ahulla el nombre de Barabás.

Los ángeles reunidos en torno del Mesías velan sus frentes, y Pilatos indignado esclama con atronadora voz:

« ¿Qué quereis, pues, que haga con vuestro Jesus, con vuestro Profeta? »

Y la multitud responde :

« Crucifícale , crucifícale. »

Pilatos se estremece, mas esperando todavía amansar aquellos tigres sedientos de sangre dice :

« ¿ Qué crimen ha cometido? Os lo repito : le he examinado y no le encuentro culpable : no merece la muerte. »

Entonces la rabia de la muchedumbre no conoce ya límites : todos los ojos centellean, el color sanguinolento ó la palidez de la cólera alteran todos los semblantes, y de en medio de la agitacion de los cuerpos y del crugir de los dientes sale de nuevo este sangriento grito :

« Crucifícale , crucifícale. »

Penetró una nube de polvo en el palacio ; sus bóvedas temblaron ; un confuso movimiento, semejante al lejano bramido del trueno , resonó por la ciudad repitiéndolo el eco de sus sagradas montañas en lastimera voz. Indigno del nombre romano cede al fin Pilatos, mas queriendo arrojar lejos de sí la responsabilidad del crimen con que el pueblo va á mancharse, da sus órdenes en secreto á uno de sus esclavos que se aparta de él y vuelve inmediatamente con una fuente de plata en la una mano y en la otra un vaso de Corinto. El pueblo mira con muda sorpresa ; el esclavo se aproxima á su amo, y un agua pura y limpia corre de la fuente sobre las manos del Pretor, quien con esa vana ce-

remonia cree acallar el grito de su conciencia y el severo juicio de la pósteridad.

« Pues que así lo quereis, hombres feroces, (esclama), sea ; satisfaced vuestra rabia : pero yo no me asocio á vuestro crimen : limpias y puras quedarán mis manos de la sangre de Jesus. »

Dijo y se lavó las manos solemnemente delante del pueblo.

El angel que en otro tiempo en la tierra de Gessén¹, pasó sin entrar en ellas por delante de las cabañas señaladas con la sangre del cordero, vuela sobre la Judea y consagra á sus hijos al juicio del Eterno, dejando caer sobre ellos las palabras que aniquilan á las naciones cuando han agotado la longanimidad de Dios. Y esas palabras terribles las graba la flamígera cuchilla del querubin en planchas de bronce que deposita al pié del trono de Jehová.

Palidece el angel de Israel, aparta los ojos de aquel espectáculo y alza su vuelo al empireo. Así

¹ En la tierra de Gessén, una de las mas fértiles del Egipto, estableció José con autorizacion de Faraon á su padre y á sus hermanos (Gen. cap. 47); y en esa misma celebraron los Hebreos por primera vez la fiesta de la Pascua, instituida por Moises al salir de Egipto. Sabia el patriarca que durante la noche habia el angel del Señor de esterminar á todos los primogénitos de los Egipcios, y mandó á los suyos que señalasen sus puertas con la sangre del cordero pascual. Conoció el angel de esa manera las moradas de los Israelitas, y pasó sin entrar en ellas. (Exodo, cap. 12.) — T. F.

abandonados y malditos los indignos descendientes de Abrahan, pronuncian ellos mismo su sentencia :

« Que muera y caiga su sangre sobre nuestras cabezas y sobre las de nuestros hijos. »

Y el pálido terror y el silencio de los sepulcros, tendieron sus cetros sobre aquella muchedumbre desenfrenada : solo el arrepentimiento no se acerca á ella.

Los soldados condujeron á Jesus á uno de los pórticos del palacio, á donde le esperaban los verdugos con el azote en la mano ; y Barrabás fué entregado al pueblo. Así que este sintió que sus miembros estaban libres del peso de las cadenas, así que en sus oídos dejó de resonar el son siniestro que los hierros producian al mas leve de sus movimientos, ahulla de gozo, corre, se detiene, vuelve á correr, y se precipita en medio de la muchedumbre que horrorizada retrocede al aproximársele el feroz asesino á quien acaba de concederle la libertad.

Destempla, musa de Sion, las cuerdas de tu lira, para que solo produzcan lastimeros y lúgubres sonidos al acompañar la voz trémula del poeta, que osa cantar la flagelacion, el manto de púrpura y la corona de espinas.

Agrupados en torno de Jesus sus guardas, y los hombres mas feroces del pueblo se arrojan sobre

él, y le despojan de sus vestiduras, como la tempestad despoja de sus ramas al solitario palmero, que vegetaba en árido desierto y cuya fresca sombra era la última esperanza del extraviado peregrino.

Han arrastrado á Jesus hasta el pié de una columna, le atan á ella, y los sacrilegos azotes se tiñen en la sangre del hijo de Dios. Elohá lo vé : el dolor le arranca de los cielos y le arrastra hácia la tierra.

Cubre un manto de púrpura el macerado cuerpo del Mesías ; una caña, irónico emblema del cetro de los reyes, se ve en su diestra ; espinas enlazadas en forma de corona hieren su frente.

Postrado en el polvo como un simple mortal adora el divino Elohá al Salvador del mundo en su voluntario abatimiento.

Mis manos permanecen inmóviles sobre las cuerdas de la lira, mi voz estenuada se detiene... Superior es á las fuerzas del hombre el cantar los padecimientos de un Dios.

Pilatós encuentra en fin en sí mismo, valor bastante para intentar de nuevo mover al pueblo á piedad, y conduciendo á Jesus á la plaza del palacio dice :

« Os lo traigo á fin de repetiros por última vez que no merece la muerte. Miradle. ¿Se presenta así un criminal ante sus verdugos? »

Los ángeles que rodean al Mesías, leyendo en su rostro los votos que forma por sus discípulos y por sus escogidos cuya desesperacion está viendo, se dispersan para ir á consolar á los bienaventurados.

La vista de Jesus estenuado por los padecimientos, cubierta la frente de sangre y revestido para mayor escarnio con el regio manto, lejos de enternecer al pueblo aumentó su rabia, y millares de voces clamaron de nuevo :

« Crucificalo, crucificalo. »

— « Pues bien, hacedlo si os atraveis á ello, por mi parte le declaro inocente. »

Diciendo así, se aleja Pilatos presuroso : pero Caifás le sigue, le detiene, y le dice :

« Nuestra ley le ha condenado ; y preciso es que muera el que se atreve á llamarse hijo de Dios. »

Al oír ese nombre siéntese el Romano sobreogido por un temor involuntario, y volviéndose á Jesus le pregunta en voz turbada :

« ¿Quién es tu padre ? »

Guarda silencio el hijo del hombre, y ofendido Pilatos esclama :

« ¿ Olvidas que tu vida depende de mí ? »

Y Jesus responde :

« Ese poder no lo tendrías si Dios no te lo hubiese dado ; y cualquiera que sea el uso que de él

puedas hacer, siempre serán mas culpables que tú los que me han acusado. »

Entonces los sacerdotes alentados, viendo pintada la cólera en el semblante del Pretor, esclaman todos á la vez :

« Si no nos entregas á Jesus no eres amigo del Cesar, porque cualquiera que se declara rey de un pais sometido á los Romanos, se revela contra su emperador y merece la muerte. »

Pilatos conoce la perfidia de estas palabras, pero es demasiado cobarde para esponerse á peligro alguno en favor de un inocente.

Le abandona, pues, á sus enemigos ; insulta á estos con algunas palabras de desden y desprecio ; y se retira á su palacio.

Y la multitud, ébria de odio y de venganza, clama triunfante y arrastra á Jesus al lugar del suplicio.